ensayo bibliográfico

¿Existe una estrategia del desarrollo económico?

EDMUNDO FLORES

Insatisfecho con las tesis, las técnicas y las políticas que utilizan los economistas, los financieros y los gobernantes para desarrollar las economías atrasadas, Albert O. Hirschman, miembro del *jet–set* académico, compulsivamente ha emprendido viajes de descubrimiento como un Darwin del siglo XX, primero en América Latina y después en el resto del mundo, observando el comportamiento y peculiaridades de distintas economías con la intención de adentrarse en los misterios del desarrollo y de identificar las secuencias, los procesos y las políticas que lo hacen posible.

Hirschman enseña Economía Política en Harvard. Es autor de la *Estrategia del Desarrollo Económico* (1958); de un mordaz ensayo, "Ideologías del Desarrollo Económico en América Latina"; donde reúne algunas de las principales ideas sobre los problemas del desarrollo latinoamericano según los propios escritores y economistas latinoamericanos, publicado en *Latin American Issues, Essays and Comments* (1961, obra de la que el mismo Hirschman es editor); de *El desarrollo de los países que surgen: una agenda para la investigación* (1962); de *Viajes hacia el progreso: estudios sobre la elaboración de la política económica en América Latina* (1963), y de *Development Proyects Observed* (1967), que suscitó las reflexiones contenidas en este artículo y de próxima aparición en español.[1]

1 *Comportamiento de los proyectos de desarrollo,* Siglo XXI Editores, S. A., México, 1969.

En el último de los libros mencionados, Hirschman emprende el estudio de once proyectos en diversos sectores económicos de otros tantos países. En 1964–65 observó el desarrollo de la energía hidroeléctrica en El Salvador, la mejora de pastizales y el desarrollo pecuario en Uruguay, las telecomunicaciones en Etiopía, la instalación de obras de riego de propósito múltiple en India, la industria de pulpa y papel en Paquistán, los ferrocarriles en Nigeria y cuatro proyectos más en otros cuatro países, habiendo dedicado a cada proyecto entre dos y cinco semanas.

Su obra es un todo. En su *Estrategia del desarrollo económico* plantea ya varias hipótesis y dudas que pone a prueba en obras posteriores. En *Viajes hacia el progreso,* estudió a fondo la capacidad de las autoridades públicas de América Latina para enfrentarse a problemas. En Colombia estudió la tenencia de la tierra, en Chile la inflación, y en el noreste de Brasil la operación de SUDENE, aquel gran proyecto de desarrollo regional que dirigió Celso Furtado antes del último golpe de Estado. Su propósito entonces fue investigar en qué forma se puede mejorar la capacidad del sector público para lidiar con los males crónicos de las economías que se niegan a evolucionar.

Antes de entrar a la crítica de su libro más reciente, parece necesario referirse al autor. Hirschman, oriundo de Berlín, estu-

dió en París, en la Escuela de Economía de Londres y en la Universidad de California, Berkeley; trabajó en Colombia de 1952 a 1956 como asesor oficial y consultor privado. En su última obra, *Comportamiento de los proyectos de desarrollo,* dedica el primer capítulo a explicar "el principio de la mano encubridora"[2], y parece como si en Colombia el mismo principio, una especie de brazo providencial camuflado que tira la piedra y esconde la mano, lo enfrentó a las incógnitas del subdesarrollo que desafiaron su inventiva. Es hombre afable, de mirada inteligente y modales suaves; se mueve a la perfección en varios idiomas —incluido, por supuesto, el español—, inventa palabras, hace palindromas y se divierte dándole sesgos inesperados al lenguaje; unas veces su estilo tiene algo de Nabokov, otras de Fred Hoyle. Posee una cultura y una erudición feroces. Predica que para entender las economías subdesarrolladas no puede uno limitarse a manejar datos cuantitativos e indicadores estadísticos unidimensionales a la usanza de los economistas que ejercen en el Primer Mundo y disponen de estadísticas a pasto. Por consiguiente, explora, además, la administración pública, la historia, la literatura, la poesía, el cuento, la pintura, la corrupción; en fin, la cultura de los países subdesarrollados. Leer sus obras exige, pues, si no familiaridad, al menos tolerancia para esotéricos puntos de referencia, Oblomov, Octavio Paz, Claudio Véliz, Carlos Fuentes, Orwell y Whitehead irrumpen aquí y allá en sus argumentos, igual que Paul Klee, uno de cuyos cuadros se halla en la contraportada de *Viajes hacia el progreso.* Quien lo lee se entera de que una "expectativa nelsoniana" supone que todos cumplirán con su deber, y puede celebrar de nuevo la frase contraria de Veblen "la invención es madre de la necesidad". Todo esto con naturalidad que ilumina, libre de la pedantería a que nos hicieron alérgicos los eruditos alemanes.

¿Qué pasa cuando el viajero ecléctico e imaginativo que conoce las posibilidades y las limitaciones de la economía se enfrenta al subdesarrollo? ¿Le es útil su complicado bagaje intelectual? ¿Cómo reaccionan sus colegas de los países subdesarrollados?

Existe en América Latina una pequeña pero influyente especie de marxistas pasmados: los infrarrojos. Intelectuales que se rebelaron contra el catecismo familiar y el catolicismo de las primarias religiosas para caer luego en el marxismo sentimental y plantarse ahí, a la vez satisfechos e intelectualmente agotados. Gentes que mezclan una honda y justa inconformidad con la miseria e injusticia del subdesarrollo, del colonialismo y neocolonialismo, con el marxismo elemental y la adolescente, jamás revisada, aceptación del candoroso etnocentrismo cultural de Rodó. Los infrarrojos, ignorando el progreso de la psicología, del psicoanálisis y de las ciencias sociales contemporáneas, suelen dividir la economía en dos clases: la única y verdadera ciencia económica *objetiva*, es decir, el marxismo; y la economía subjetiva: los clásicos, neoclásicos, Keynes y los poskeynesianos, la cual se niegan a estudiar con la perezosa excusa de que es reaccionaria, sin percatarse de que después de Freud y del mismo Marx dividir las varias interpretaciones de la economía, o de cualquier otra ciencia, en *objetivas y subjetivas* equivale, en primitivismo, a pensar con Aristóteles, que a, pesar de la física moderna, los elementos son: la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Entre los infrarrojos se hallan ciertos economistas que, debido al paso de los años, al parroquialismo del subdesarrollo y a que la economía está de moda, han logrado ascender a posiciones de influencia intelectual y gozan de cierto renombre y admiración local.

Este grupo tiene un buen primer acto en que hacen explícitos sus valores. ¡Abajo el imperialismo! ¡Muera el neocolonialismo! ¡Abajo el subdesarrollo! ¡Abajo la relación desfavorable del intercambio! ¡Viva la revolución! ¡Viva el Tercer Mundo! Hasta aquí, en las preferencias éticas o temperamentales que pregonan estos lemas, estoy con ellos.

Lo grave es que estos señores no ofrecen más. No entienden que para estudiar en serio el desarrollo en ciertos casos —no en todos— es necesario hacer abstracción de las variables políticas —sin que esto quiera decir que se comprometa la integridad ética o se arriesgue la virginidad ideológica— para dirigir la atención a problemas que hay que resolver lo mismo en un sistema político tan inescrutable como el de Japón, que en otros tan publicitados como los de la URSS, Suecia o Cuba. Los infrarrojos suponen que una vez consumada la revolución y expulsado el imperialismo todo cambiará de un día para otro, y mientras llega su día se contentan con repetir cabalísticamente sus admoniciones, con escribir cada semana el artículo de siempre contra los monopolios extranjeros, y con dar clase con los textos sagrados, como rabinos con el viejo Testamento, o monjas con el nuevo. A este respecto recordaré de pasada que un prestigiado infrarrojo, colega mío, afirmaba el otro día: "Las computadoras electrónicas son reaccionarias", y que Nathan Warman le respondió al instante: "No todas".

Este grupo, al que no le dicen nada las dificultades de Castro —que, por cierto, está resolviendo— para construir una economía socialista en Cuba, ni sus titubeos y cambios de curso debidos a que navega en aguas desconocidas, tiene, naturalmente, dificultades monumentales para entender a Hirschman.

Además de los infrarrojos están los economistas de la nueva ola que tipifica el egresado de la Universidad de Chicago, de la Universidad Católica de Chile, o de El Colegio de México. Este otro grupo que aun es poco numeroso parece menos refractario a las ideas y todavía no puede decirse si el daño causado por las fuertes dosis de econometría a que sus miembros han sido sometidos los han condenado a una esterilidad permanente. Veremos.

Por fin, *La estrategia,* uno de los *best—sellers* del Fondo de Cultura Económica, ha sido ampliamente leída entre los estudiantes de economía de América Latina y junto con la *Teoría del desarrollo económico* de Arthur Lewis, y *Teoría económica y regiones subdesarrolladas,* de Gunnar Myrdal, se halla entre las obras que están moldeando el pensamiento de muchos latinoamericanos.

Conviene ahora sintetizar las tesis de Hirschman para juzgar hasta que punto sirven para curar el subdesarrollo. Esencialmente Hirschman trata de dar respuesta a la siguiente interrogante: Si es cierto que el cambio progresivo puede consolidarse en un país simplemente como resultado de lo que *hace* ese país y a pesar de las muchas cosas que *es*, ¿a qué se debe, en primer

2 Esta parte del libro apareció en *Comercio Exterior,* t. XVIII, núm. 2, febrero de 1968, pp. 141—146.

lugar, fuera de tropiezos accidentales, que los países emprendan lo que hacen? Según él, la acción nociva de los círculos viciosos eslabonados que causan el estancamiento, no se debe a la ausencia de un sólo componente del desarrollo, sea este componente el que fuere: capital, espíritu de empresa, falta de recursos naturales, educación, tecnología —o revolución, añadiría yo. Hasta aquí, nuestro autor concuerda con la mayoría de los expertos.

Empieza a disentir cuando acepta que los cambios técnicos sólo pueden tener lugar si van acompañados de transformaciones culturales y sociales. Disiente más a fondo al aducir que la teoría del crecimiento armónico está equivocada por completo y que el desarrollo en sus etapas iniciales es un proceso inevitablemente desequilibrador. Por esta razón, arguye Hirschman, la teoría neoclásica del desarrollo y la mayoría de sus técnicas cimentadas en el supuesto del equilibrio, como el análisis de costos y beneficios y el del insumo-producto, no sirven para elevar al máximo *la tasa global de crecimiento sostenido.* Tales técnicas sirven, sin duda, para elevar al máximo las ganancias de una cantidad *fija* de capital a un plazo fijo, pero no para elevar al máximo la tasa de formación de capital a un plazo indeterminadamente largo.

Para Hirschman, la oferta de capital en los países subdesarrollados no es fija, sino sorprendentemente elástica, respecto a la perspectiva de ganancias o del logro de ciertas ventajas provenientes de alterar el *statu quo* entre las clases de una nación o entre varias naciones. Esto significa que, tan pronto se percibe la oportunidad de lograr ganancias elevadas o cambios ventajosos, es posible obtener más capital en una economía tradicional. El desarrollo comienza en firme cuando una clase social o una nación lo ambiciona y cuando, además, dicha ambición está acompañada de una perspectiva, siempre nebulosa al principio, de su naturaleza y de cómo lograrlo; lo que explica que a menudo el desarrollo haya sido un subproducto de la búsqueda del poder político y militar. La sola determinación de desarrollarse hace que sean activados ciertos componentes del proceso que yacían adormecidos. Así como todos aceptamos que la "desocupación disfrazada" —como lo ha demostrado Arthur Lewis rigurosamente— puede ser fuente de altas tasas de formación de capital, debemos reconocer la existencia de un "espíritu de empresa latente" de una "tecnología latente", en fin, de un potencial de desarrollo que se materializará ante quien sepa la clave: el ábrete sésamo.

Para iniciar y mantener el crecimiento es necesario "no tanto hallar las combinaciones óptimas de una cantidad fija de recursos y factores de la producción, como quiere la economía convencional, sino atraer y enlistar para los fines del desarrollo recursos ocultos, dispersos, o mal utilizados". *La estrategia del desarrollo consiste en identificar ciertas actividades dotadas de repercusiones o "feedback"* —concepto prestado de la cibernética que al español se traduce como "retroalimentación correctora"— *y fomentar deliberadamente su establecimiento.* Tales actividades hacen que cundan, se difundan, se contagien, echen raíces y, por fin, *se institucionalicen,* las técnicas, las actitudes, los hábitos y los valores característicos de la sociedad industrial moderna. Así se empiezan a resquebrajar uno a uno, los círculos viciosos del subdesarrollo.

Según la teoría ortodoxa del desarrollo, la inversión tiene la función doble y simultánea de generar ingresos y crear capacidad. Sin embargo, la teoría ortodoxa omite otra función que, según Hirschman, es fundamental para el desarrollo. Esta es la de fijar el ritmo del desarrollo global y apresurarlo o frenarlo a través de varios efectos inducidos críticos a que da origen, como, por ejemplo, las llamadas "economías externas", o sea aquellas ganancias inesperadas que obtiene una empresa sin haber puesto nada de su parte para lograrlas. Hirschman erige gran parte de su estrategia sobre esta virtud adicional de la inversión. Por eso, arguye que los proyectos de desarrollo merecen ser observados de cerca, "toda vez que constituyen partículas privilegiadas del proceso de desarrollo y de su observación saltarán a la vista claramente ciertas similitudes y diferencias significativas y surgirán ciertas hipótesis sobre el comportamiento de proyectos". Igual que el resto de su obra, en *Comportamiento de los proyectos de desarrollo* no dice nada positivo sobre el análisis de costos y beneficios, los precios sombra, la tasa de interés apropiada con fines de redescuento y conceptos similares, por considerarlos poco adecuados para resolver los problemas de una economía en desarrollo. Este desdén por tales técnicas resulta digno de mención si se toma en cuenta que son los instrumentos predilectos del Banco Mundial, institución que patrocinó en parte la obra que aquí se reseña.

El principio de la mano encubridora

En el primer capítulo explica Hirschman el "principio de la mano encubridora".[3] Se trata de un sutil mecanismo psicológico relacionado con subestimación de la capacidad creativa y la capacidad para resolver las series de problemas cotidianos de quienes deciden cómo, cuándo, dónde y con qué se atacará el subdesarrollo.

Afirma Hirschman que cada proyecto viene al mundo acompañado de dos juegos de acontecimientos probables que se neutralizan parcial o totalmente: 1) un juego de posibles e insospechadas amenazas a su lucratividad, viabilidad y existencia, y 2) un juego de remedios insospechados a los que puede acudirse si las amenazas cobran realidad. Entre paréntesis, parece que las sociedades tradicionales acuden al principio de la mano encubridora cuando justifican la procreación irrestricta afirmando que "cada niño viene al mundo con su pan bajo el brazo".

Puesto que las autoridades que planean en las economías tradicionales tienen a subestimar su capacidad creativa, subestimar en grado equivalente las dificultades de la empresa en cuestión, hace que la neutralización de ambas subestimaciones las lleve a engañarse a si mismas y las empuje a emprender proyectos cuya realización, vista con competencia profesional *ex post,* resultaría tan plagada de dificultades que con toda probabilidad se quedaría en el tintero.

Es obvio que el "principio de la mano encubridora" actúa en aquellos países donde la tradición de resolver problemas es débil y en donde la invención y la innovación *todavía no han sido institucionalizadas.* Además, el principio funciona, sobre todo, en proyectos cuya gestación es a largo plazo, como las

3 Véase; *supra,* nota 1.

obras de riego y electrificación; en proyectos de colonización su acción es débil porque mientras en los primeros es difícil abandonar el proyecto cuando se ha llegado a un punto en que vale más seguir que abandonarlo todo; en proyectos como la colonización agrícola, cuando falla una cosecha alguien decide que "no vale la pena echarle dinero bueno al malo" y se abandona el proyecto. Hirschman documenta la operación del principio de la mano encubridora con ejemplos tomados de sus once casos, y demuestra que ciertos proyectos y tecnologías gozan de una vocación especial para inducir ciertos tipos de aprendizaje, de cambios de actitudes y de reformas institucionales que fomentan el desarrollo, en tanto que otras carecen de tal virtud.

De "la mano encubridora" resultan varios corolarios estudiados en los capítulos segundo y tercero: *a)* la tendencia a exagerar los beneficios posibles y a subestimar los costos de lo que se emprende; *b)* la pretensión de que un proyecto es réplica fiel de otro que ha tenido gran éxito en algún país avanzado, por ejemplo, TVA; aunque, en realidad, el nuevo proyecto requiera considerable originalidad y creatividad; *c)* la conveniencia, para asegurar el crecimiento de una agencia de propósito múltiple, de presentarla inicialmente como si tuviera una sola función específica.

Esto me hizo recordar la fundación de la Nacional Financiera, en México, en 1934. Su propósito inicial fue "llevar a cabo la realización directa o el fraccionamiento y colonización de los inmuebles que forman parte de los activos de los bancos . . . y planear y dirigir el fraccionamiento y colonización de tierras". Su capital, cerca de 20 millones de pesos. En 1940 se reconsideraron sus propósitos: vigilar y regular el mercado de valores y de créditos a largo plazo y promover la inversión de capitales en la creación y expansión de empresas. Hasta diciembre de 1965 había movilizado 16 879 millones de pesos para financiar sobre todo industrias básicas: energía eléctrica, hierro y acero, carbón mineral, transportes y comunicaciones. Esta agencia de desarrollo, una de las más importantes del Tercer Mundo, ¡comenzó con la función específica de vender terrenos!

En síntesis, la mano encubridora opera a base de ignorar la ignorancia, la incertidumbre y las dificultades. Puesto que la manipulación consciente de este principio podría ser desastrosa, en el resto de su libro Hirschman, desmenuza, tanto en la oferta como en la demanda, la propensión a meterse en dificultades que caracteriza a distintos proyectos. A esta propensión la llama "incertidumbre".

Más maduro y con más horas de vuelo, abandona "la atractiva simpleza" de su *Estrategia del desarrollo* para penetrar resueltamente en el mundo contradictorio y repleto de paradojas del subdesarrollo. A menudo se comporta como institucionalista que, sin embargo, no le hace asco a la economía moderna sino que la usa cuando le es útil y la desecha cuando no le sirve. Señala que en los países subdesarrollados la base fiscal es muy estrecha, la moral fiscal pobre, y el costo de cobrar los impuestos altos, de manera que las tentaciones inflacionarias son más fuertes, porque el sector público está más urgido de fondos que en las sociedades ricas. En estas circunstancias el racionamiento de fondos es más severo en el sector público que en el privado y la unidad monetaria marginal pública puede hacer una contribución más alta a la producción social que la unidad monetaria marginal gastada por el sector privado. Por estas razones, las normas que prevalecen en los países avanzados no son aplicables, y la sustitución de fondos privados por fondos públicos en la producción conjunta de ciertos bienes y servicios puede ser un filón que merece ser explorado.

Respecto al financiamiento de proyectos con capital extranjero, advierte que el capital extranjero no financia realmente el proyecto para el cual, en apariencia, se conceden fondos, sino al proyecto "marginal" que el país receptor hubiera dejado de emprender de no haber dispuesto de recursos del exterior para un proyecto que probablemente hubiera emprendido de cualquier modo con recursos propios.[4]

Sugiere e ilustra con sus once casos la recurrencia de incertidumbre en la oferta de tecnología, de mano de obra, de personal, de relaciones entre diversos grupos (étnicos, regionales, religiosos), de administración, de dificultades derivadas de la interferencia política y, por último, la incertidumbre financiera para completar un proyecto. Aquí observa en forma que alguien podría considerar cínica que la incertidumbre fiscal puede dar por resultado el buen funcionamiento de un proyecto en tanto que la seguridad fiscal puede hacerlo víctima del parasitismo. Somete a escrutinio la demanda excesiva y la demanda insuficiente y nota que cuando la demanda de un servicio excede su oferta (por ejemplo, el agua para riego) se recurre a presiones políticas en vez de a la oferta y la demanda para su asignación. Esto tiende a desvirtuar el propósito inicial de un proyecto como sucedió en San Lorenzo, Perú; éste fue inicialmente un programa mixto de riego y colonización con granjeros pequeños, en el que los terratenientes algodoneros, como era de esperarse, hicieron maquiavélicos esfuerzos para monopolizar el agua y casi lo lograron.

Analiza, además, los resultados, a menudo desconcertantes, que provoca lo que llama la "latitud", que es una especie de "manga ancha" o de variaciones muy amplias en la tolerancia respecto a las expectativas normales en la ejecución de proyectos, a las que llama "disciplina". Contrapone la latitud a la disciplina en la localización, en su calendario de ejecución y operación, en los efectos del soborno y la corrupción y en las variaciones en la calidad y cantidad de lo que se produce; alerta ante las inesperadas posibilidades de sustitución que incuba el miasma del subdesarrollo y, refrescantemente, no moraliza sobre sus hallazgos.

Por razones de espacio me limito a ilustrar la forma en que trata las posibilidades de sustitución en tres casos: la construcción de caminos, la educación y la vivienda.

Caminos para el desarrollo

¿Qué es mejor: construir más kilómetros de caminos mal acabados, con una partida insuficiente o nula de mantenimiento, o por el contrario, menos kilómetros de caminos, mejor acabados y conservados? ¿Qué elección liberará mayores recursos para el desarrollo subsecuente?

4 Véase, Albert O. Hirschman y Richard M. Bird, "Asistencia externa: una crítica y una proposición". *Comercio Exterior*, t. XVIII, núms. 9 y 10, septiembre y octubre de 1968, pp. 811–816 y 916–920.

En los países industrializados las especificaciones de calidad para los caminos son cada vez más rigurosas y el mantenimiento es casi siempre de alta calidad. Superficialmente, las mismas normas privan en los países atrasados, pero en realidad se observan normas distintas. Los políticos y los contratistas parecen coludirse para producir caminos de calidad inferior y mantener circunstancialmente sólo aquellos que transita el Presidente cuando anda de gira. Ahora bien, los caminos de baja calidad requieren un gasto público considerablemente menor, cubren una extensión mayor y aumentan el gasto privado en llantas, refacciones, empleo de choferes y mecánicos, depreciación de autos, etc. En efecto, el camino malo actúa como un poderoso agente catalítico que genera actividad económica adicional y fuerza una transferencia al añadir al gasto público inicial gastos privados en transportes que, en otra forma, el sector privado no hubiera efectuado.

La educación para el desarrollo

Emulando a los países ahora avanzados que inventaron las universidades en el Medievo, los países pobres han organizado un sistema educativo con miras aristocratizantes que exigen largos períodos de gestación y frenan el desarrollo en vez de estimularlo. Si se observa este sistema con detenimiento puede percibirse el mismo mecanismo que notamos en el caso de la construcción de caminos, que consiste en bajar la calidad de las especificaciones y abandonar el mantenimiento.

En efecto, una "planta" dada de edificios, libros, maestros, etc., puede producir combinaciones distintas en las que la cantidad del producto (estudiantes recibidos por año) varía inversamente con el número de años y la calidad de la enseñanza. En la educación, la sustitución de la calidad por la cantidad se lleva a cabo, no por los contratistas o políticos, sino por el producto, puesto que los estudiantes son entes, más o menos animados, dotados no sólo de alma sino también de la habilidad de responder a situaciones de mercado. Un gran número de quienes desertan o abandonan la escuela sin recibirse lo hacen porque la economía puede absorberlos con su limitado entrenamiento. La alta tasa de deserción en los grados superiores permite inscribir más estudiantes en años inferiores. La pirámide educacional se aplana, pierde su carácter elitista y se convierte en una fuerza democratizante que sirve al desarrollo. Quienes no se gradúan hacen que el sistema educativo ofrezca un producto cuya mixtura cantidad-calidad es enteramente distinta de aquella para la que fue originalmente diseñado.

Lo mismo que el mantenimiento deficiente de las carreteras, la alta tasa de deserción escolar característica de muchos de los países de menor desarrollo puede verse, hasta cierto punto, pues, como un intento espontáneo y certero de reformar las especificaciones rígidas calcadas irreflexivamente del extranjero.

La vivienda

Otro tipo similar de sustitución es el de la habitación de los grupos cada vez mayores de campesinos que escapan la miseria del campo y van a las ciudades en busca de pan, empleo y educación. Con la construcción de arrabales, estos pobres refugiados alteran las normas convencionales y la capacidad de la industria de la construcción —mediante la competencia desleal del adobe, del cartón y de la hojalata de desecho— e implantan una mixtura de cantidad-calidad más de acuerdo con su falta de ingreso y de ocupación. Así, no sólo ponen en evidencia la incapacidad de la industria de la construcción y de las autoridades a cargo de los servicios públicos y de la habitación popular para producir en forma organizada los cambios en la mixtura cantidad-calidad que demanda el interés de un gran sector popular, sino que, además, ponen en peligro la estabilidad de todo el sistema. Para mí, esto quiere decir que si no hay innovaciones tremendas e inmediatas en las técnicas de construcción y distribución, las ciudades de los países subdesarrollados van a convertirse muy pronto en laberínticos tugurios, amorfos, contaminados y hostiles.

Comportamiento de los proyectos de desarrollo en un *tour de force* de lectura difícil. Su conclusión formal es que cada proyecto representa una constelación única de experiencias y consecuencias de efectos directos e indirectos. Una de sus lecciones más importantes es el tratamiento perceptivo, no convencional, de los efectos indirectos tales como el entrenamiento de los gerentes y de la mano de obra, de los eslabonamientos y de las reacciones psicológicas que engendran distintos proyectos.

Ha llegado el momento de contestar la pregunta hecha al principio. ¿Son útiles el complicado bagaje intelectual y el instrumental del profesor de Harvard? O, como pretenden algunos infrarrojos, ¿son sus ideas una artimaña más para sabotear nuestro desarrollo?

Yo creo que su enfoque es valioso y difícil. Difícil porque exige familiaridad con todas las ciencias sociales y, además, con la economía del atraso y la economía del progreso. Vale señalar que estas dos últimas dimensiones son accesibles únicamente a quienes han vivido en ambas, dotados de la sensibilidad y entrenamiento suficientes para distinguir sus verdaderas diferencias y similitudes. La falta de familiaridad simultánea con las economías atrasadas y las adelantadas lleva al frecuente error de atribuir al atraso o al desarrollo defectos o virtudes que no se deben ni a uno ni a otro. Cuando Somerset Maugham dijo que "para conocer un país extranjero, debe uno al menos conocer también otro país extranjero", ilustro claramente lo que estoy tratando de decir.

El enfoque de Hirschman es valioso porque no se atiene a las técnicas de cajón que miden los rendimientos ni a la mano encubridora sino que opta estoicamente por la *raison raisonnante* y, así, descubre en la ejecución de proyectos la acción de poderosos elementos irracionales cuya importancia nadie antes había percibido con tanta claridad. Al manejar estos elementos racionalmente inventa una técnica que permitirá dar más profundidad y mayor consistencia a la investigación futura.

Que esta obra deje al lector en suspenso, como cuando después de una buena comida no le sirven a uno postre ni café, se debe, estoy seguro, a que *Comportamiento de los proyectos de desarrollo* no es sino una entrega incidental, un fragmento impaciente, de un ambicioso proyecto personal aún en desarrollo.